

Cine de barrios:

Una expresión de cultura popular

Se juntaron en Lídice. Nadie les prestó atención en la ciudad. Solamente la Prensa publicó unas breves notas y los afiches que sacaron a la calle perecieron ahogados en el fárrago de propaganda que todos los días maquilla a la ciudad. Doscientas personas en unos bancos desvinculados, ante una pantalla elemental, con unos parlantes cancerosos y un ambiente espontáneo en la sala. Nada de taquillas, nada de acomodadores, ningún comercial (¡qué bendición del cielo!). Y unas imágenes entrecortadas, unidas por un montaje rudimentario, que conmovían al público y provocaron una conversación entre los asistentes más extensa que la propia proyección.

Asistía la gente de los barrios, la que nunca ha pisado las alfombras del Canaima ni ha podido asistir a las funciones del Ateneo. La que nada sabe de planos ni secuencias, ni participa en la civilización de la imagen. La que, día a día, con el sudor de la frente y la angustia por la papa, golpe a golpe y verso a verso, va expresando su propia civilización no importada, como una nueva conciencia popular que nadie puede detener. Era el mismo día, la misma hora, de la famosa y discutida pelea de Betulio que mantuvo en vilo a Venezuela entera; pero en Lídice algunos televisores no estaban prendidos porque un grupo de personas comenzaba a pensar que el destino del país no se juega en el ring de Maracaibo ni en el estadio universitario.

Era un cine de información. Nada más y nada menos. Los hombres de la revolución informática, por una de esas terribles paradojas, no podemos sentirnos informados. Una información que a la vez es denuncia y observación de la realidad nacional; pero todo esto es insuficiente porque, como allí mismo se dijo, "el cine tiene que pasar a una etapa de análisis crítico y más profundo de esa realidad, debe pasar el planteamiento de posibles salidas a situaciones concretas".

En los cortos hubo de todo. Desde el lenguaje parábólico de Homo hasta el mensaje indefinido de *La línea divisoria*. El público prefirió el cine realista y directo de *La Huelga* y la crítica a los sindicatos de *Primero de Mayo*. En esos momentos la audiencia vibró porque se

estaban tocando temas que afectan su vida diaria: los conflictos dentro del trabajo, el deseo de una vida más humana, la fuerza de la acción organizada, la manipulación de los sindicaleros, la deturpación de un desfile proletario convertido en una farsa popular. Estas situaciones reales, recogidas de la forma más sencilla, sirven de comienzo a una prolongada reflexión. Prueba de ello fue el diálogo que se abrió al terminar la proyección.

Sin embargo, y a pesar de lo dicho, estos simbólicos brotes son todavía mínimos espacios liberadores en las fuerzas de conjunto que condicionan nuestra cultura. No se ha estudiado todavía la potencia de las cargas de invasión cultural que recibimos cada día. Pero no es difícil intuir las alianzas ocultas que hoy se empeñan en encadenar el pensamiento. Cadenas sinuosas y con frecuencia imperceptibles que anidan en la familia y en la escuela, en la TV y en la calle, para aturdirnos y robarnos la capacidad de pensar.

Pero en la reunión de Lídice surgió todavía alguna pregunta más fundamental: ¿Cómo se pretende hacer cine político cuando se desconoce en su conjunto la realidad social? ¿Puede comprometerse el cine, en abstracto, sin un compromiso honesto por parte del cineasta? Estas cuestiones eran sustanciales y desataron una viva polémica que no se puede dar por concluida. Son preguntas que se pueden hacer extensivas al intelectual que de alguna forma está empeñado en transformar la realidad. Del Encuentro Nacional de Cine recogemos tres proposiciones que pueden servir para una ulterior y necesaria reflexión:

1.—Claridad ideológica del cineasta con respecto a las luchas del proletariado.

2.—Que el compromiso no sea únicamente para el cine, sino que el hombre después del cineasta se sienta comprometido en las luchas del pueblo por lograr su verdadera independencia económica, política, social y cultural.

3.—Que ya es hora que se le planteen alternativas de posibles soluciones al pueblo. Sabemos que es una tarea difícil, pero hay que iniciarla. Los vacilantes quedarán atrás para siempre.

R. H.-V.